



¡Ni un
grito
más!

Jorge
Blanco
Villena

A

belardo pensaba que no debía seguir alimentando la nostalgia. Vacío aquel cajón en medio del patio, amontonó los cachivaches en un túmulo y prendió fuego a todo el amasijo de recuerdos. No quería dar un paso atrás y le disgustaban las lágrimas que el humo provocaba en su mirada firme, decidida. La llama brotó desde el principio como si compartiera sus propósitos, pero la mezcla de materiales que devoraba generaba una verbena de gases nada saludable, además de la fumata negra que delataba el acontecimiento ante quienes transitaban al otro lado de la tapia. Fue en parte por las inhalaciones y en parte por el poder hipnótico del fuego por lo que Abelardo comenzó a percibir que algo había cambiado.

Todavía se preguntaba de dónde había sacado las fuerzas, la voluntad, para acabar así con años y años de miedo latente. No acertaba a descubrir quién o qué le había dado el empujón necesario. Solo sintió una especial vibración en las manos, pero una vibración interior, radicalmente distinta del temblor habitual que le impedía asir un vaso de cristal sin que se le cayera, una vibración que emergía desde los dedos al plexo solar y, desde ahí, a los rincones más remotos del



Universo. Fue después cuando decidió terminar con su propia historia y celebrar aquel ritual sagrado que le intoxicaba los ojos. Dos estelas húmedas circundaban su sonrisa enigmática. La conciencia de Abelardo se hallaba tan alterada, que no le extrañaría lo más mínimo percibir alucinaciones entre las volutas del humo, pero, aún así, su determinación y el convencimiento de haber quemado las naves le harían atravesar, si fuera necesario, el fantasma de su propia madre.

Le llegaba el palpito de haber perdido la memoria. Buena señal, sin duda, en aquel contexto, mas algo desconcertante, porque debía tomar decisiones trascendentes que condicionarían el futuro inmediato. Asimismo, aquella corazonada le impelía a hurgar entre los vestigios chamuscados, puesto que, vencido el temor, se sentía habilitado para enfrentarse con el pasado cara a cara. ¡Qué extraña amalgama de sensaciones nuevas! ¿Y si él mismo ya fuera alguien completamente

distinto? Porque era esa la certeza que ahora le vertebraba, igual que el armazón que sostiene al espantapájaros.

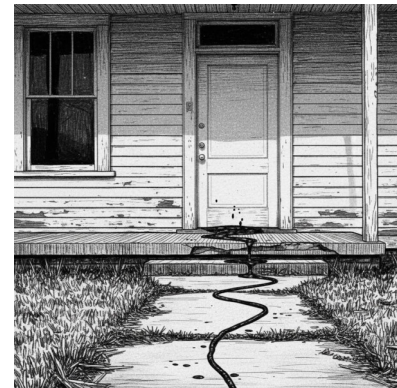


Una moldura con uno de los cabos aún intacto le sirvió de varilla para remover los rescoldos, dejando escapar los alaridos de las fotografías. Abelardo volvió a sorprenderse a sí mismo, puesto que no sentía lástima alguna ni compasión por los seres retratados, y además la risa nerviosa que nacía

desde dentro le producía un placer sincero, algo parecido al sosiego, al calor que se siente cuando se está acompañado. ¡Quién podría entenderlo! En cualquier caso la prueba había sido superada y ninguno de esos cadáveres aún calientes había conseguido conmoverle. Si acaso, despertar en el interior de su pensamiento el propio eco repitiendo de forma un tanto obsesiva la frase “ni un grito más”, que le hacía farfullar de forma torpe, como sumiéndose en un rezo.

La tarde declinaba y el ocaso encendía el marco de aquella epifanía, lo que Abelardo consideraba un signo más de su poder recién inaugurado. “Ni un grito más” y la moldura seguía mezclando las cenizas y los restos de plástico que se resistían a la combustión, exhalando olores especiales, de otro mundo. “Ni un grito más” y se preguntaba que hacía todavía de rodillas, mostrándose ante sí como alguien sumiso, servil, cuando se sabía omnipotente y eterno.

Al barrer con la mirada su propio torso en escorzo, Abelardo vio una estela de sangre que salía de la casa y acababa en sus rodillas, y le dio la impresión que no era sangre, sino un espíritu que se reunía con él para escapar juntos de aquel ambiente de opresión, de intolerancia. No quería recordar y siguió reorganizando tizones, pero era la primera vez que veía aquel reguero, puesto que hasta entonces en ningún momento había echado la vista atrás. “Ni un grito más”, se repetía, pero el mantra se había debilitado y su tenacidad desvanecido, al tiempo que la angustia emergía de su pecho y comenzaba a dificultarle la respiración. La secuencia de las imágenes inmediatamente anteriores comenzó a evolucionar en su cabeza sin que él pudiera cercenarla y, en un instante, el ocaso se transformó en una noche siniestra, en un manto negro de pesadilla.



Veía la imagen de la madre muerta en las distintas posiciones que adquirió el cadáver mientras él lo acomodaba, se veía a sí mismo apretando la dentadura y se reconocía inconsciente del infierno que su propia voluntad había propiciado. El grito ahogado de Abelardo no sonó en ninguna parte, era el grito del que pide ayuda en un mal sueño y nadie acude.

La misma conmoción que le hacía acometer acciones absurdas, como la hoguera del patio, le llevó a rasgarse la camisa y frotar el jirón contra la sangre impresa, sin resultado alguno. “Ni un grito más” y frotaba y frotaba, intentando que renaciera su fortaleza, pero las luces de la casa estaban encendidas y el pasado se proyectaba en él con toda la fuerza de lo cotidiano. Era una especie de retorno involuntario, como si la casa desde dentro quisiera engullirle para castigar su asesinato de la manera más dura, es decir, contemplando la escena interior justo como estaba antes del crimen, igual que si no hubiera ocurrido nada, pero sabiendo que lo que había hecho ya no tenía vuelta atrás. Comprendió así el repentino ataque de nostalgia que había sentido antes de profanar el cajón de los recuerdos, el cajón que albergaba reliquias y talismanes de la familia, algunos con más de cien años de antigüedad. Descubrió que inconscientemente quería retroceder en el tiempo, que su miedo estaba venciendo el arranque de valentía que simulaba ante sí mismo y esa era la razón por la que de pronto había girado la cabeza y, creyendo que observaba su cuerpo arrodillado, en realidad, focalizaba su atención en la estela de sangre, que le retrotraía a la verdad irresistible. “Ni un grito más”, insistía, mientras visualizaba el rictus deshumanizado de su madre, castigándole, despreciándole, ignorándole.



Se volvió empeinado en decidir su propio destino, con aquella pose de druida, moldura en mano, cuando rescató en un feliz impulso casual un cochecito con el que hacía treinta años que había dejado de jugar. Preservando al instante de las ascuas aquel simca mil de color azul, la rueda del tiempo comenzó a girar en el interior de su cabeza.

Ignoraba por completo que el juguete se encontrara en el cajón museo, lo daba por definitivamente desaparecido, tras las ocasiones en que, cargado de melancolía, se había dedicado a buscarlo por toda la casa. En aquella noche enfebrecida llegó a preguntarse si el hallazgo era auténtico o se trataba de una alucinación, debido precisamente a las infructuosas pesquisas emprendidas para hallar la reliquia. A continuación concluyó que daba lo mismo. Alucinación o no, la anagnórisis era totalmente real, una experiencia verdadera que le catapultaba a la mesa ovalada del salón, que transformaba en una

compleja calzada, inmensa gracias a las proporciones que establecía el pequeño simca mil. Se pasaba las horas muertas haciendo evolucionar el coche entre los numerosos carriles dispuestos en la plaza oblonga, una plaza propia de una gran ciudad, una plaza llena de luz, en la que el sol animaba la vida de todos los transeúntes. Gozaba recreando el bullicio urbano de la mañana, soñando con ser uno de los personajes que disfrutaban una vida proyectada por ellos mismos, y cerraba los ojos, haciendo un ejercicio de imaginación, para introducirse en el simca y conducirlo por los carriles centrales. El mundo desaparecía en los bordes de la mesa, donde estaba la sima apocalíptica a la que era mejor no asomarse, pero la omnisciencia con la que determinaba la suerte de todos le confería la categoría de un dios. En esa dualidad autor-personaje, construía su propia felicidad, a prueba de sobresaltos. En una ocasión despertó con la sien apoyada en el tablero, y, al ver en primer lugar la imagen de su simca azul a unos centímetros de su pupila, la tramoya del sueño agigantó la sensación de las dimensiones y Abelardo se creyó que estaba realmente dentro la plaza universal de su fantasía y que el utilitario estaba dispuesto para trasladarlo a la oficina donde felizmente trabajaba. La experiencia terminó bruscamente cuando la otra sien, desamparada, recibió un golpe que le provocó un ataque de nervios y un llanto incontenible. Por eso no debía asomarse más allá de los bordes de la mesa, porque del otro lado del abismo aparecían las fuerzas del mal, que primero le golpeaban impiamente, para después intentar avergonzarle por recrearse con juegos infantiles, incompatibles con el bozo.



Al recordar los abruptos finales de aquel paraíso interior, otro recuerdo inmediato le provocó un nuevo estremecimiento: Se había dejado la puerta de la habitación abierta. Era difícil que aquello supusiera un peligro real, pero en los preparativos la conveniencia de cerrar la puerta de su dormitorio, que solo podía hacerse desde fuera, era algo que se había planteado a conciencia, porque en un plan como el suyo no podían dejarse cabos sueltos. No se trataba de una venganza, a pesar de los muchos días en que Abelardo había sido recluido en la alcoba, sino de evitar cualquier inconveniente de última hora.

“Ni un grito más”, ¿pero qué hacer? Si el descuido pudiera tener consecuencias, ya sería demasiado tarde para impedirlo y, si la cuestión fuera irrelevante, ¿para qué trasladarse de nuevo al dormitorio, teniendo en cuenta que cada movimiento le provocaba aquel sufrimiento insoportable? No podía comprenderlo, pero llevaba un rato sintiendo dolores por distintas partes del cuerpo, especialmente en el costado,

cuando respiraba, y en la cabeza, donde a ratos se ponía en marcha un carrusel de mareo y desorientación.

“Son las fuerzas del mal”, se repetía, “las que aparecían por el borde de la mesa blandiendo las estacas”, cuando escuchó los pasos de pies cansados, que sí, en efecto, provenían de su habitación, que había dejado con la salida franca. “Ni un grito más”, ¿pero qué hacer? La puerta de la tapia se hallaba a una distancia insuperable, para salvarla de rodillas, porque ya no podía levantarse. “¡Abelardo, qué pasa! –gritaban desde el otro lado- ¡Qué han sido esos golpes!” y la garganta de Abelardo abocinaba sordamente una frustrante petición de socorro. “¡Abelardo, Abelardo!”-seguían llamándolo-, y recibió otro golpe, el que le mataría perentoriamente, el segundo que sentía en la cabeza. Entonces recordó que, tras el primero de ellos, se había formado un reguero de sangre en el patio, que después perdió la consciencia y que el intento de parricidio no había sido más que el delirio con el que estaba intentando olvidar el tormento que las fuerzas del mal le estaban infligiendo.

